

+ 7 años



¿Qué hay **al final del arcoíris**? Blanca necesita saberlo y le pregunta a quien se cruza en su camino. Todos le **contestan algo diferente** y cada historia le parece más improbable que la anterior. Hasta que su abuelo, con una **colorida imaginación**, le da la respuesta correcta.

La **imaginación** no tiene límites. Puede llegar a **donde desees**. Incluso, al final del **arcoíris**.



175835

ISBN 978-956-363-115-9



9 789563 631159



NATURALEZA



FANTASÍA



FAMILIA



HUMOR

Al final del arcoíris

Mari Ferrer

Ilustraciones
de Karina Cocq



LA MAÑANA DE ESE DOMINGO estaba particularmente oscura. Había llovido toda la noche y parecía que no iba a parar nunca. Blanca miraba por la ventana cómo se mojaba su columpio en el jardín, hasta que notó que su respiración empañaba el vidrio.

Dibujó dos pares de líneas paralelas cruzadas con su dedo índice, luego una equis en uno de los casilleros, un círculo, después otra equis, otro círculo, y otra equis, hasta que vio que las tres habían formado una línea diagonal.



—1 a 0—se dijo a sí misma,
mientras tachaba con el dedo la
fila de equis.

En ese momento, entre línea y línea,
vio aparecer un rayo de sol que se coló por la
ventana como si lo hubieran invitado. Blanca
borró el juego con la manga de su chaleco y
pudo observar que seguía lloviendo, pero el



cielo, hasta hace unos minutos cubierto de
nubes, se abría, dando paso a destellos lumi-
nosos que terminaban en un arco de colores,
que abarcaba desde las colinas hasta el inicio
del bosque de alerces.

—¡Un arcoíris! —gritó Blanca emociona-
da con la nariz pegada a la ventana.





Se empinó para tratar de mirar los extremos, pero solo lograba empañar más y más el vidrio. Como la distancia, los árboles y los montes no la dejaban ver bien qué había en las puntas del arcoíris, decidió ir a preguntarle a su mamá.

El olor a sopaipilla, que inundaba toda la casa, la hizo adivinar que estaba en la cocina.

—¡Mamá! ¡Mamá! —le dijo tirando su delantal.

—Aléjate un poco, Blanca, que estoy friendo —le contestó.

Blanca dio dos pasos hacia atrás.





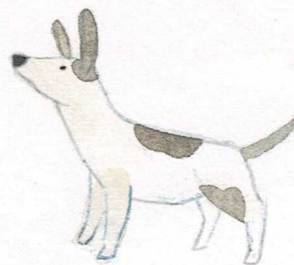
—¡Mamá!
—¿Qué necesitas, mi amor?
—Mamá, ¿tú sabes qué hay al final del arco-
íris?

—¿Al final del arcoíris? Mira, no estoy tan segura, pero hace mucho tiempo, cuando era pequeña y el día estaba igualito a este, yo le hice a tu abuela la misma pregunta. ¿Y sabes qué me contestó?

—¡No! ¿Qué te dijo? —exclamó Blanca dando saltitos.

—Me contó que los arcoíris los hacían unos duendes muy glotones que viven en el bosque y usan gorros tan verdes como las copas de los alerces después de un día de lluvia. Los hacen para avisar que tienen hambre, porque la lluvia nos da hambre a todos, ¿cierto?

—¡Sí! Dan ganas de comer cosas dulces y calientitas.



—Entonces, los duendes hacen el arcoíris para que nosotros hagamos doble porción de sopaipillas y se las llevemos.

—O sea... al final del arcoíris hay...

—¡Hay fuentes y fuentes de masas fritas, brillantes y anaranjadas como si el mismo arcoíris les hubiera regalado uno de sus colores!

—la interrumpió su mamá—. ¡Así que a cocinar más se ha dicho! Ahora, aléjate un poco que te puedes quemar con el aceite caliente.





Blanca se alejó caminando en reversa, mientras pensaba en lo que le había dicho su mamá. ¿Sería cierta la historia de la abuela? Su mamá nunca mentía, pero ¿cómo podrían haber cosas ricas al final del arcoíris si la comida mojada no es rica? Es cierto que las sopaipillas pasadas en chancaca son muy buenas, pero ¿mojadas con lluvia? No, no lo creía.

Como la respuesta de su mamá no la convenció, decidió ir a preguntarle a su papá. El olor a grasa de motor que se sentía por la entrada la hizo adivinar que estaba en el garaje. Y ahí lo encontró, arreglando nuevamente su motoneta vieja.

—¡Papá!

—¿Qué necesitas, preciosa?





—Papá, ¿tú sabes qué hay al final del arcoíris?

—¿Al final del arcoíris? Por supuesto que lo sé. Recuerda que tu padre todo lo sabe y todo lo arregla.

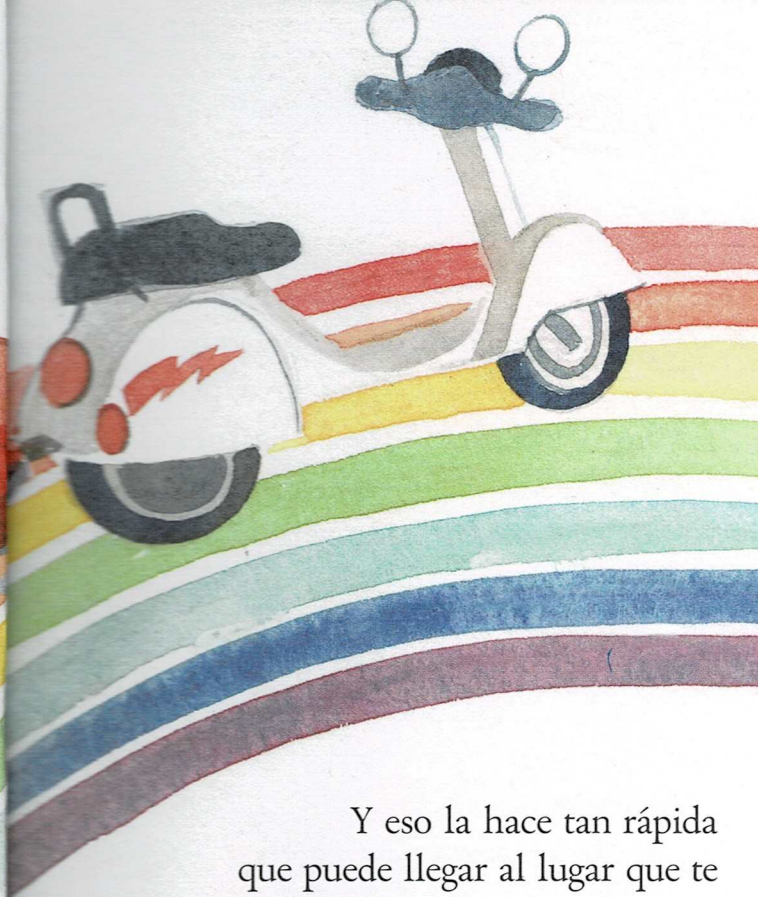
—¿Y qué hay? —volvió a preguntar Blanca con los ojos redondos de tan abiertos que los tenía.

—Al final del arcoíris hay una motoneta.

—¿Una motoneta? ¿Como la que estás reparando?



—No, Blanca, cómo se te ocurre. Es una motoneta mágica, más mágica que la magia misma. Funciona con un mecanismo de turbinas que, al hacerla partir, expulsa un fuego tan rojo como si el arcoíris le hubiera regalado uno de sus colores.



Y eso la hace tan rápida que puede llegar al lugar que te imagines en pocos minutos.

—¿De verdad? ¿Estás seguro?

—Segurísimo, mi amor, si yo mismo reparé esa moto mágica. La vi con mis propios ojos y la arreglé con mis propias manos, cuando todos pensaban que había dejado de funcionar. Ahora, aléjate un poco que voy a encender esta joyita.

Y entre el run rún y el ratatá de la motoneta, Blanca se fue pensando en lo que le había dicho su papá. Podía ser cierto, pero ¿cómo es que la moto mágica seguía funcionando si las máquinas se oxidan bajo la lluvia? ¿Y cómo podría expulsar fuego sin que la lluvia lo apagase?



Como tampoco la convenció del todo la respuesta de su papá, decidió ir a preguntarle a su hermana mayor. El olor a perfume que bajaba por la escalera la hizo adivinar que se encontraba en el segundo piso.

Blanca golpeó la puerta de la habitación.

—¡Ángela! ¿Puedo pasar?

Una canción romántica sonaba tan fuerte



desde la radio que estaba al interior de la pieza, que Blanca tuvo que golpear de nuevo.

—¡Ángela! ¿Puedo pasar?

—¡Entra! —gritó la hermana desde el interior.

—¡Es que quiero hacerte una pregunta!

—dijo Blanca a toda voz mientras entraba.

Ángela escondió rápidamente algo debajo del cojín y Blanca alcanzó a ver que era su diario de vida. Luego, su hermana se paró de la cama para bajar el volumen de la radio y se volvió a acostar.

—¿Qué quieres?

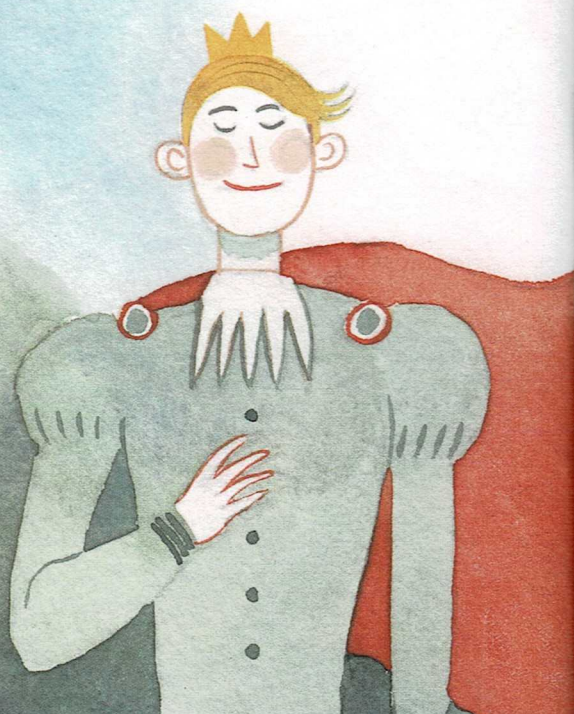
—Ángela, ¿tú sabes qué hay al final del arcoíris?

—¿Al final del arcoíris? Mmm, la verdad es que no. Pero me imagino que al final de algo tan lindo solamente puede haber alguien igual de lindo.



—Y eso tan lindo sería...

—¡Un príncipe azul, tan azul como si el arcoíris le hubiera regalado uno de sus colores, obvio! —Y entre suspiros continuó—: El amarillo del arcoíris ilumina su dorado pelo y sus ojos parecen dos gotas del más precioso color violeta, sobre todo cuando mira directamente al sol. Y tiene espalda ancha y levanta una ceja cuando le hablo, perdón, cuando le habla una princesa. Y que es de corazón noble, tan noble, que es capaz de ayudar a



alguien cuando se cae en el patio del colegio, perdón, cuando hay alguien en apuros. Y que huele siempre como si estuviera recién bañado, aunque haya jugado fútbol, ay, perdón, aunque haya cabalgado todo el día.

—¿Un príncipe azul? ¿Estás segura?

—Obvio, ya te dije ya, que al final de algo tan lindo solo puede haber alguien igual de lindo. Y ahora te pido que me dejes sola, que esta es la parte que más me gusta de la canción —y después de subir el volumen de la radio, sacó su diario de vida de abajo del cojín y se puso a dibujar corazones rojo intenso, como el sendero rojo del arcoíris, mientras entonaba el coro de la canción a grito pelado.





30

Blanca se tapó los oídos y prefirió salir rápidamente. Cerró la puerta y se quedó ahí pensando un momento. Esa historia sí que no podía ser cierta. Nadie puede verse así de bien cuando ha pasado todo el día bajo la lluvia. Y menos oler como recién bañadito. ¡Seguro que olía más como el trapero de la cocina!



31

Ninguna respuesta convencía a Blanca. ¡Todos le contestaban algo distinto! Pero el olor a tabaco que venía de la sala le abrió una nueva esperanza. El domingo era el día en que el abuelo los visitaba y le saltó el corazón de alegría al percatarse de que ya estaba ahí. Bajó corriendo las escaleras, brincando los escalones de a dos en dos. Estaba muy ansiosa por escuchar la respuesta que él le daría. Era muy sabio y siempre decía la verdad.



—¡Abuelo!

—¡Hola, conejita! —el abuelo siempre le inventaba sobrenombres de animales.

—¡Qué bueno que llegaste! Necesito hacerte una pregunta.



—Dígame no más, monito del monte. Yo le contestaré todo lo que usted quiera saber.

—Abuelito, ¿tú sabes qué hay al final del arcoíris?



El abuelo se acomodó en el sillón, aspiró su pipa y botó una gran bocanada de humo. A Blanca le dieron ganas de toser, pero se tragó la tos.

—Sí que lo sé, mi chinchilla bonita.

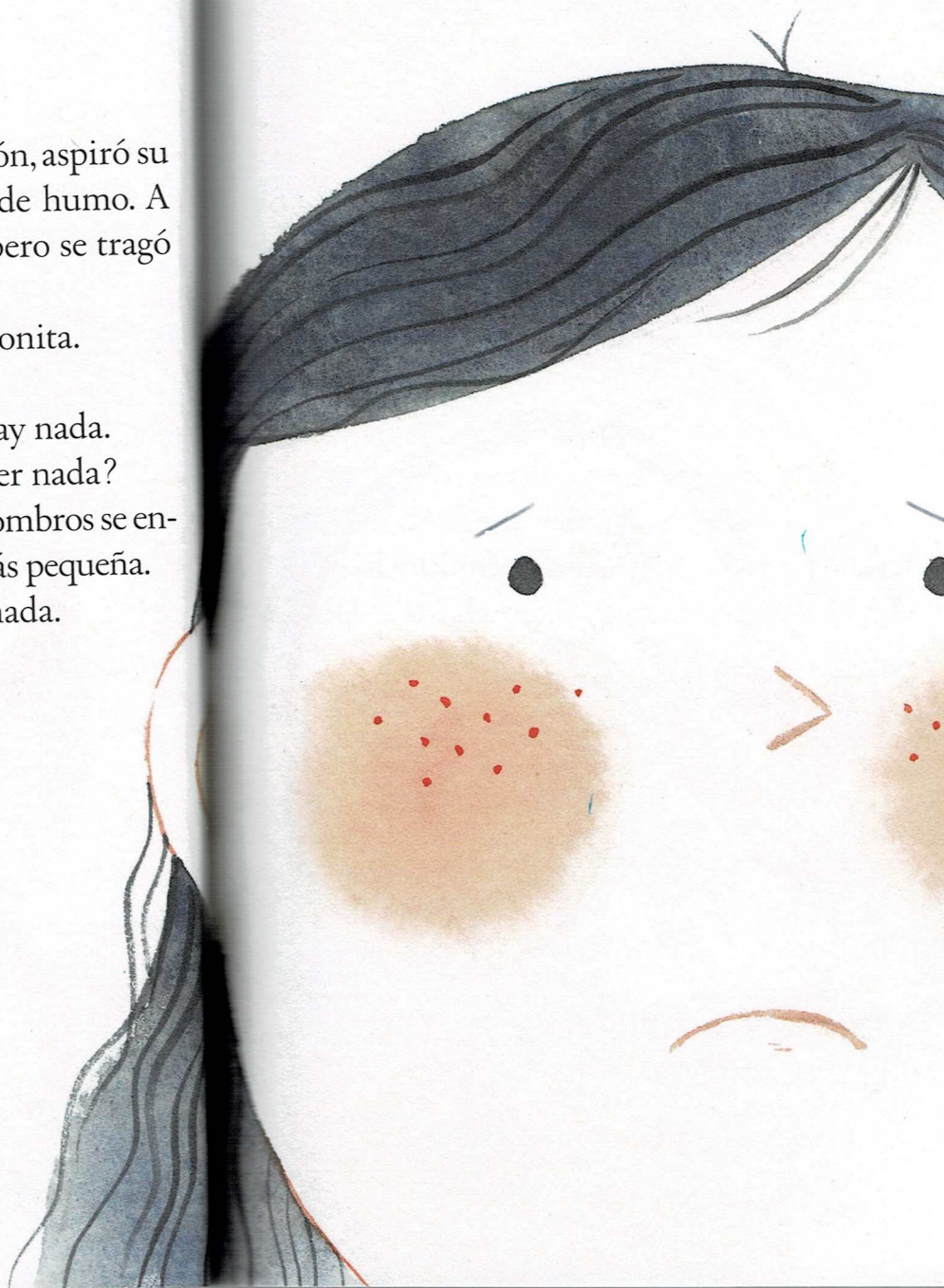
—¿Qué? ¿Qué hay?

—¿Al final del arcoíris? No hay nada.

—¿Nada? ¿Cómo no va a haber nada?

—dijo Blanca a medida que sus hombros se encogían haciéndola parecer aun más pequeña.

—Así es, osita polar, nada de nada.





—¡Imposible, abuelito! ¿Cómo no va a haber nada? ¿Y qué hay de las fuentes llenas de sopaipillas anaranjadas para los duendes glotones, la moto mágica que expulsa fuego rojo, que reparó papá, y el príncipe azul de cabello dorado, ojos violeta y noble corazón, que ayuda a todo quien esté en apuros? —dijo Blanca mientras bajaba cada vez más la voz, la cabeza y su ánimo.



—Mmm, veo que no te gustó mi respuesta
—dijo el abuelo acariciando su barba espesa.
Blanca movió la cabeza de un lado a otro.

—Es que me expresé muy mal, pequeño
puercoespín, perdóname, es la edad... Ven,
siéntate aquí —y subiéndola a sus rodillas
prosiguió—: Lo que este viejo tonto quiso de-
cir, es que AHORA no hay nada. ¿Y sabes por
qué no hay nada?

—¿Por qué? —dijo Blanca con el brillo de
vuelta en sus ojos.





—Porque hace mucho, mucho tiempo, tu abuela, que cocinaba las sopaipillas más deliciosas del planeta, me pidió que le llevara una fuente a los duendes glotones que vivían al final del arcoíris.



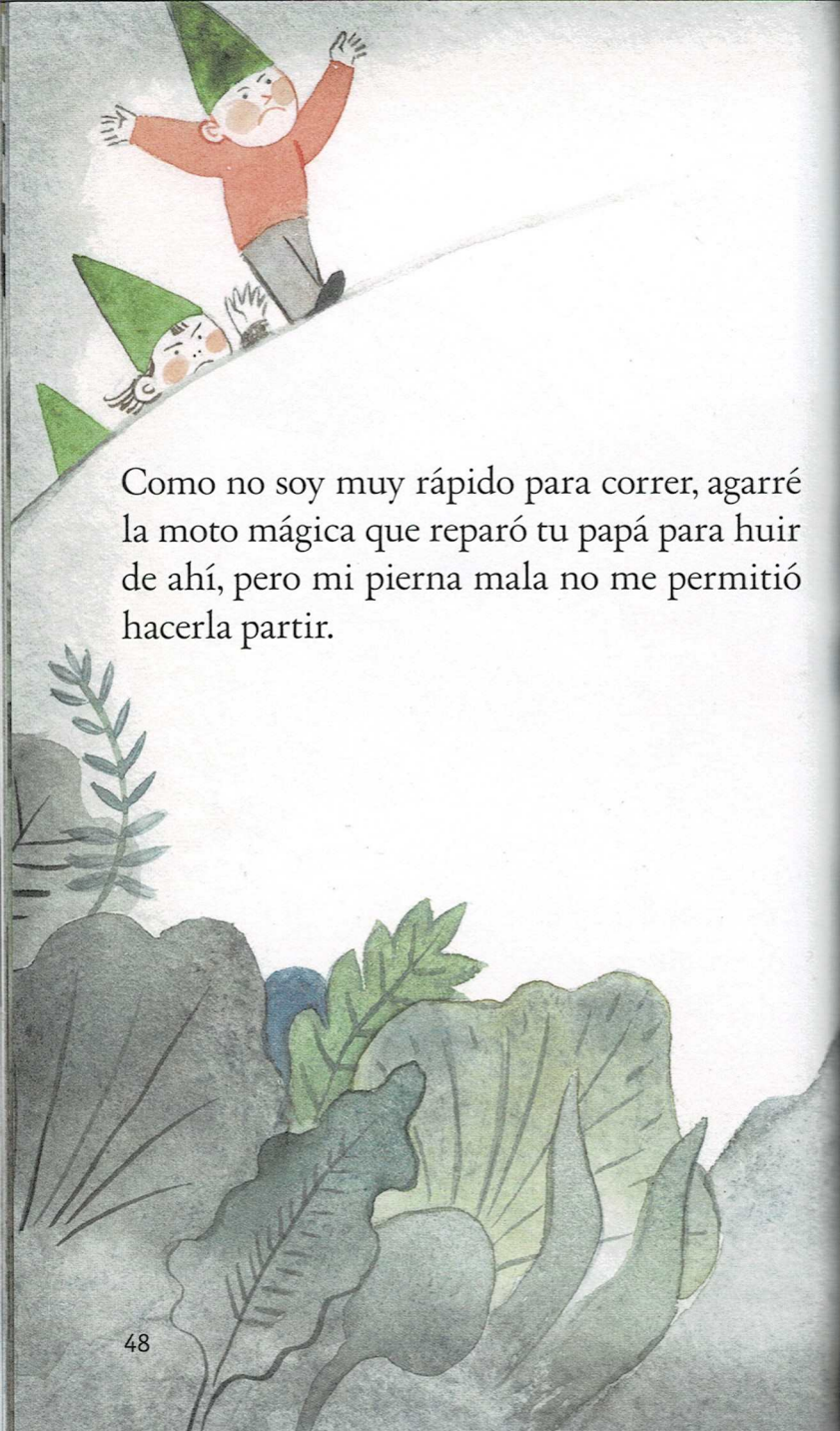


Pero como a veces me falla la memoria, me olvidé de llevar paraguas ¡y se mojaron todas!





Los duendes se enojaron muchísimo conmigo, porque tú sabrás que las sopaipillas mojadas de lluvia no saben bien, y me salieron persiguiendo enfurecidos.



Como no soy muy rápido para correr, agarré la moto mágica que reparó tu papá para huir de ahí, pero mi pierna mala no me permitió hacerla partir.





Entonces, apareció un príncipe de noble corazón, que ayuda a todo quien esté en apuros, se subió a la moto y se hizo pasar por m. Los duendes, engañados, partieron corriendo tras él para darle su merecido.

El príncipe tomó el sendero color índigo del arcoíris y, como nadie conoce muy bien ese color, quedaron a mitad de camino entre la dimensión azul y la violeta.



Lo último que supe de ellos es que la motoneta les falló porque no había quedado reparada del todo y continúan buscando a alguien que la arregle para poder volver.

Entonces, si ahora vas al final del arcoíris, seguramente no vas a encontrar nada, pero antes sí que habían cosas, muchas, muchas cosas.



Blanca lo rodeó con sus brazos y le dijo:
—¿Y todo eso pasó en verdad? ¿No le
estarás poniendo color?

—Por supuesto que todo pasó en
verdad, Blanca. Nunca nadie de esta
familia te inventaría una historia
que no fuera cierta.



La niña sonrió, y mientras el arcoíris se hacía cada vez más tenue hasta desaparecer en el cielo, nuevas dudas llegaron a su cabeza.

—Abuelo, ¿y también es verdad que si juntamos todos los colores del arcoíris se forma una luz blanca?

—Así es, ardillita.

—¿Como tu barba, abuelito?

—Como tu nombre, mi Blanca.





TE CUENTO QUE MARI FERRER...

... se llama María Teresa, igual que su abuelita, pero le encanta que le digan Mari. Es periodista por profesión y autora de libros infantiles por vocación y pasión. Escribe desde los 7 años y siempre quiso convertirse en escritora. Hasta hoy siente mariposas en la guata cada vez que ve su nombre en una portada. Se considera la más afortunada del mundo porque su pasatiempo favorito es también su trabajo. Divide sus horas entre la escritura, presentaciones y charlas de motivación lectora y sus labores de mamá. Es curiosa y preguntona igual que Blanca, protagonista de *Al final del arcoíris*, su cuarto libro publicado en Ediciones SM.